

había ordenado el asalto ni la toma del punto, dispuso se evacuara éste á fin de no comprometer un destacamento, contentándose de conservar emboscadas á sus inmediaciones.

Realmente esta disculpa no se parece á las descabelladas razones que Laurencez dió en su proclama para desvanecer la importancia de la derrota que sufrió el 5 de Mayo de 1862; pero no por eso deja de traslucirse en este segundo caso una verdad que no ha querido confesarse paladinamente.

El arte de la guerra no prohíbe quedarse con un punto ventajoso, aunque este punto haya sido tomado sin previa orden del General en Jefe de un Ejército sitiador; ocurre además una duda: ¿A la hacienda de Aguilera fueron los franceses movidos por curiosidad ó por deber? En el primer caso, dueños de un punto que les impedía acercarse á la plaza; ocupando al azar una posición que protegía á las fuerzas sitiadoras, no creo al Mariscal Bazaine tan pueril ni tan presuntuoso de mandarlo evacuar, sólo porque él no había ordenado la expedición que en vez de contrariar, favorecía por mera casualidad su plan de ataque: en el segundo caso, el Sr. Mariscal de Francia merecía haber ocupado el banquillo de los acusados en el consejo de Guerra. Mandar evacuar un punto que tanta sangre había costado obtenerlo, y *contentarse* con tener emboscados algunos que contemplaran las cruces con que la piedad cristiana señala el lugar donde perecieron algunas víctimas del destino, es altamente reprochable á un Jefe que carga en sus hombros no sólo las insignias de Mariscal, sino lo que es más grave, la enorme responsabilidad de las vidas que no puede exponer, sin exponerse él al juicio severo de la Historia y al castigo del crimen que se comete.

La acción de la Hacienda de Aguilera fué una derrota completa que le hizo sufrir al Ejército francés un puñado de valientes; una gloria que inmortaliza la memoria de los entonces Comandante José Guillermo Carbó y Capitanes Carlos Pacheco y Angel Pérez; gloria que no debe permitirse les sea arrebatada por un historiador parcial en la mala causa defendida por los invasores.

Si por circunstancias que nadie ignora, entre las cuales está la deslealtad de algunos mexicanos, cuyos nombres conservará la Historia cubiertos de baldón, sufrimos la humillación de ver hollado nuestro suelo, no es justo ni racional que aun pretendan plumas poco escrupulosas, arrebatarnos los timbres de una gloria imperecedora, en esa lucha desigual que el partido republicano, y con él la voluntad nacional, sostuvieron siempre gigantesca, atendiendo á los escasos elementos de que podía disponerse.

La pérdida de la plaza de Oaxaca pudo haber sido el golpe de gracia dado á la causa de la libertad de un pueblo, si éste no hubiera tenido al frente de sus destinos hombres á quienes no amilanaba la adversidad, ni abatía la desgracia.

Es cierto que la prisión del General Díaz retardó sobre manera nuestro triunfo porque aquel cerebro organizador y aquella voluntad de hierro, hacían inmensa falta en los momentos supremos de la desventura patria; pero también es cierto, justo y debido consignarlo, que los demás jefes republicanos mantuvieron en la línea de Oriente pura la idea, firme y robusto el sentimiento.

Sin jefe, sin cuartel, sin comandante, cada uno hizo lo que pudo y todos pueden gloriarse de sus hechos; todos tienen derecho, al leer la narración de nuestras glorias, para dirigir orgullosos la mirada al vasto campo de sus brillantes operaciones y decir satisfechos y orgullo-

SOS: "QUIZÁ SOY EL MAS INSIGNIFICANTE DE ESOS HOM-
BRES, PERÓ TENGO UNA PARTE DE SU GLORIA Y UN TITULO
A LA CONSIDERACION DE MIS CONCIUDADANOS, QUE NO PO-
DRAN ARREBATARME NI LA ENVIDIA, NI LA PERVERSIDAD
HUMANA."

La línea de Oriente quedó acéfala y los jefes espar-
cidos por toda ella continuaron sin descanso; demostraron
al invasor la firme resolución que tenían de morir en la de-
manda ó salir avantes en la empresa: Alejandro García,
Alatorre, Méndez, Rivera, Gutiérrez, Cacho, Ballesteros,
Terán y otros mil que figuran á su vez en las acciones
á que concurrieron, no desmayaron ante la calamidad su-
frida; se esforzaban en suplir con su valor, actividad y
decisión, la falta de un Jefe tan querido, de un amigo
tan respetado, como lo ha sido siempre el General Díaz,
para todos los que han militado á sus valientes órdenes.

La prisión del General Díaz influyó de tal manera en
los ánimos timoratos, que muchos hombres del partido
liberal se agruparon en derredor del vacilante trono, dan-
do así prestigio á un Gobierno de hecho, y sirviendo de
columnas al edificio imperial construído desde sus ci-
mientos sobre base falsa, cuarteado y próximo á derrum-
barse al empuje del huracán republicano que no cesaba
de azotar las almenas de un palacio, cuyos cerramientos
jamás han podido soportar el peso de la tiranía.

En la residencia imperial motivo había para felicitar-
se calurosamente; un campeón de la talla del General
Díaz reducido á prisión, justificaba los plácemes más sin-
ceros de aquellos hombres que, olvidando sus antece-
dentes honrosos y el deber que tenían de legar á sus
hijos un nombre sin mancha, habían aceptado un puesto
en la Corte diminuta del soñador de Caserta: pensaron
sin duda que el General Díaz prefería vivir tranquilo

encerrado en su prisión, pisoteando el envidiable título
de liberal intransigente, por tal de no volver á la vida
nómada que por mucho tiempo tuvieron los heroicos de-
fensores de la libertad.

Hombres de espíritu pobre ó de ambiciones colosales,
se sintieron con alas para tender el vuelo al aristocráti-
co castillo, tan pronto como llegó á ellos la noticia de
tan importante captura y suponiendo gratuitamente que
el desaliento en toda la línea de Oriente sería tal, que
bien podría darse por cimentado el imperio, y agonizante
ó muerta la República.

Si es cierto que iba á faltar á ésta un brazo fuerte y
un cerebro despejado, no es menos cierto que el entu-
siasmo y el sentimiento del deber no se extinguían en
todos y cada uno de los que, por lo mismo que nos sen-
tamos aislados, formamos la resolución inquebrantable
de morir por la patria; pero morir legando á nuestros hi-
jos un nombre que figurara en la Historia, en aquella pá-
gina brillante de nuestra Historia, donde no se proyecta
ni una sombra, ni hay una mancha que el amor filial
quisiera borrar con sus ardientes lágrimas, para que la
posteridad no maldiga memorias sacrosantas en el san-
tuario del hogar.

Precisamente cuando la patria agonizaba, sus más ca-
ros hijos la dejaron abandonada á sus débiles fuerzas, es
decir, cuando necesitaba el concurso de preclaros talen-
tos y de aguerridos campeones; cuando la sangre le ha-
cía falta para robustecer su vitalidad; cuando no tenía
sonrisas que prodigar ni favores que conceder, entonces
fué cuando se conocieron los explotadores políticos que
solo se acercan á la vid que tiene frutos, al rosal que
tiene flores y al árbol que los protege con sus sombra.

Donde había lágrimas y miserias, zozobras y contra-

tiempos, allí no se presentaban los que vivían tranquilos en su seguro retiro, de lo cual debemos felicitarnos los desheredados de la fortuna, ya que aquellos privilegiados del destino podrán disputarnos el asiento en el banquete del triunfo, pero no una honra que vivirá hasta la consumación de los siglos, que será el pedestal de la grandeza en la personalidad eterna de la Patria.

Trémulo por la emoción de gloriosos recuerdos, consignaré en las páginas de este libro los nombres de todos los patriotas que concurrieron á la defensa de la causa santa: la Historia no puede cometer la injusticia de olvidar á los fieles servidores de la libertad de un pueblo, quienes por humildes que sean, tienen el derecho de que sobre su nombre no caiga la densa sombra de la duda: ellos y sus familias pueden hojear con certeza esta Reseña, seguros de que encontrarán esos nombres..... los de los vivos mereciendo el aprecio y la estimación de sus conciudadanos; los de los que fallecieron en la demanda, cubiertos de gloria, como si esta fuera su espléndido sudario.

La publicación de esas listas es tanto más necesaria, cuanto más indigna fué la conducta de algunos mexicanos que, no contentos con faltar á sus deberes, querían á todo trance inocular á los leales con el virus de la infamia.

Rendida la plaza de Oaxaca, el punto de mira de los perjuros lo fué desde luego la línea de Tlacotalpam que vigilaba el pundoroso y valiente General Alejandro García; y los agentes del llamado Imperio pretendían á todo trance introducir la desmoralización y la perfidia en las filas republicanas.

Ramón Marrón, que en Puebla había conseguido las firmas de varios ciudadanos para calzar con ellos una ac-

ta de reconocimiento al Imperio; que había pertenecido á la Junta de Notables y al Ayuntamiento de la ciudad angélica, se dirigió á Tlacotalpam con objeto de poner en juego su astucia y obtener de algunos vecinos firmas y votos á favor del llamado Imperio que, aunque conocía el escaso valor de aquellos votos y de aquellas actas, tenía empeño en aparecer á los ojos de los Gabinetes Europeos, como la expresión franca, sincera y espontánea del pueblo mexicano.

Los celosos defensores de la honra nacional, uno de ellos, justo es decirlo, el humilde General Faustino Vázquez Aldana, tuvo oportuno conocimiento de la llegada de Marrón, en virtud de la especie calumniosa de los amigos de éste, quienes decían que el imperialista contaba con la aquiescencia del patriota é inmaculado General García.

Marrón fué aprehendido y puesto á disposición del Cuartel general, todo lo que consta en el parte que en seguida inserto.

República Mexicana.—Línea de Oriente.—Coronel Jefe del Estado Mayor General.—C. General.—Desde la noche de ayer y en la mañana de hoy, había oído circular el rumor en esta población, de que tenía permiso para venir á ella Ramón Marrón, individuo residente en Puebla, y que como miembro del Ayuntamiento de aquella Capital había levantado la acta de adhesión á la Intervención Francesa, y pedido la formación de la Junta de Notables siendo uno de los miembros de ella, cuando ésta nombró Emperador á Maximiliano.

Las mil murmuraciones á que esto daba lugar contra el General García, que decían había otorgado este permiso, me hicieron excusar toda pregunta á este señor, y decidirme á tomar la medida fuerte, pero necesaria, de aprehender al relacionado Marrón de orden de Ud. y con mi carácter de Jefe de Estado Mayor, luego que tuviese la osadía de pisar el territorio que defienden los buenos hijos de México.

Anoche, recorriendo periódicos antiguos del partido imperialista,